blo el General Rangel, después de ser herido el Teniente Coronel Ramirez y muertos el Mayor Prieto y el Teniente Manzano, en el momento de la derrota y confusión; mientras el general buscaba refugio en un jacal, á él le mataron su caballo, se le acercaron algunos temochitecos; lo desarmaron y le dijeron insultándole y dándole de nalgadas.—"Nosotros no peleamos con muchachos.... Vd. debe estar con su mamá," y lo dejaron desmayado de susto.

—Es que,—le dijo Miguel—dicen que te dieron de *chanclazos* el dia dos de Septiembre.

—¡Mienten!....que me iban á dar; lo que pasó fué que muerto mi caballo repentinamente de un balazo, caí yo hiriéndome la cabeza y quedando por muerto sobre el campo del combate!

—Pues es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuanto se cuenta....en fin, vamos â comer porque ya se me está subiendo este maldito tequila.

—Bueno, vamos, nada mas que allí han de estar comiendo tambien los del 11º y 5º Regimiento..¿tu no los conoces, verdad?..ya verás que *chinaca*. Uno que otro oficial hay pasable.

Los dos oficiales, salieron de la tienda y conversando animadamente, atravesaron la plaza desierta y bañada de sol, bajo un cielo de un azul claro y límpido.

II

Detùvose Mercado en el umbral de la puerta de la fonda al oir un prolongado y confuso clamoreo de voces, gritos, y carcajadas mezcladas con un agradable ruido de vagilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas; pero no dejó de intimidarse algo al ver ante larga mesa instalados á quince ô veinte militares desconocidos, uniformados de dril, de rostros enegrecidos y sucios, comiendo y bebiendo con gran algazara.

Era una tienda, lleno el armazón de botellas vacías; el mostrador servía de mesa, cubierto con un mantel, atestado de platos y cascos de cerveza. Había allí oficiales del 5º Regimiento, del 11º Batallon y de "Seguridad pùblica" del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Mercado al momento que eran gefes, por lo que dijo á Gerardo:

—Oye, tu, aquí hay muchos superiores—pero aquel lo arrastró, tomándolo del brazo, y como la mesa era extensa y había un hueco cerca de un extremo de ella se sentaron, gritando el tenientito chaparron:

—¡Cuca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida. Miguel pensativo prestó oido à la conversacion que se animaba.

Despues de pasear su vista por los rostros animados reconoció á Castorena, Subteniente del 9º Batallón, su ma-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

yor enemigo; que era un jóven chaparro, cabezota de ensortijados cabellos azafranados y voz cabernosa, *lépero* y cínico poetastro á quien sin motivo odiaba cordialmente.

Todos bebían cerveza que un capitán del 11º obsequiaba y Castorena, bajo la exaltación alcohólica improvisaba brindis en verso, que unos cuantos aplaudian, en tanto que la conversación continuaba entre algunos militares mas graves.

Dos criadas, altas y blancas, vestidas de percal claro y *mascadas* rojas en el cuello, iban y venían, muy atareadas con los platos ó botellas de cerveza.

—Lo que es ahora sí,—decía un teniente de enormes bigotes grises y cara de corsario—ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado; somos muchos, los vamos á hacer *pedacitos*; cuestión á lo más de una hora.

—De veinte minutos, compañero, decia un mayor;—el coronel Torres que viene de Sonora con cien hombres del 12º y con sus PIMAS, indios muy buenos para el PLEITO y que conocen muy bien la Sierra nos va á ayudar.

Despues se puso á referir al capitàn del 9º que tenía enfrente, las causas de la derrota del día 2 de Septiembre; ningùn plan concebido, completo desconocimiento del terreno, y sobre todo, la traición incomprensible de Santa Ana Pérez que, con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado, se pasó cínicamente al enemigo.

—Pero oiga vd., mi mayor exclamó Castorena,—¿qué, son tan terribles esos hombres? En todas partes desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos, que no les entran las balas.

—Son terribles, compañero, conocen su carabina Winchester á las mil maravillas, han sostenido desde niños un

eterno combate contra los *apaches*, pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesivamente ignorantes y altaneros; no se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independizarse de los dos poderes á que hasta hoy han obedecido: el clero y el gobierno. Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. Hay que acabar de una vez con ellos.

En aquel momento, Cuca, una muger gorda y risueña, de ojos negros y brillantes, llevó á Miguel y á Gerardo dos platos de humeante y sabroso caldo, el que al momento empezaron á tomar con estrepitosos sorbos. Cuando terminaron con él, esperaron con paciencia los demas platillos escuchando las palabras del Mayor, que seguía disertando sobre los enemigos á quienes iban â combatir.

A Miguel le gustó mucho la manera razonable como se expresaba aquel Mayor; sin embargo, no se daba cuenta aùn de la cuestión, no podía penetrar la causa de aquel alzamiento obstinado de un pueblo ignorante, y su espíritu malicioso y desconfiado, entreveía algo obscuro en todo aquello.

Castorena, con el rostro enrojecido escurriendole la cerveza por el chaquetin empolvado, tomó un vaso lleno de cerveza y gritó, poniendose en pié:

—Si señor, hay que acabar
Con el fanatismo necio
Vamos á bailar de recio
¡A Tomochic á triunfar!

Aquel brindis chabacano entusiasmó á todos, menos á Mercado à quien los chistes del guasón de Castorena, no le caían bien.

Después se brindó por los que iban, como valientes à

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

defender al gobierno, mientras el novicio subteniente devoraba en silencio un trozo de carne asada.

El, aun no se acostumbraba á aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre soldados, arrojados allí repentinamente por el destino y en vísperas de una catástrofe.

Tenía sólo dos meses de ingresado en el 9º Batallon, al que pasó del Colegio Militar en donde cursaba su tercer año de estudios à causa de un drama de familia que lo había conmovido hondamente. Su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba; enferma y sin recursos, iba á entrar al hospital. Miguel lo impidió saliendo voluntariamente al Ejército, ayudándola con su reducido sueldo. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas francas; pero fué imposible.

Sufrió el contagio mal sano de la pereza que engendra la vida rutinaria y monótona de una guarnición y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer su espìritu elevado y de altas concepciones ante la rudeza de la disciplina; sin embargo, era preciso resignarse.

Todo lo que tenìa de apto en las especulaciones intelectuales, tenía de inùtil en las cuestiones triviales de la vida práctica. El, que resolvía con la mayor facilidad problemas de segundo grado ó debatía sobre derecho de la guerra, no podía mandar sin embarazo un pelotón de soldados, por lo que en realidad era un mal oficial. Además, su constitución física era muy delicada; extremadamente flaco, pálido y nervioso, á pesar de sus veinte años, con su cara larga de viejo y sus verdes ojos tristones, inspiraba lástima.

Era una planta exótica, con su eterna tristeza, entre la

alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y *paseadores*; pero en general cumplidos en el servicio.

En vano intentaba ser jovial y expansivo con ellos; que en el fondo lo apreciaban. No podìa congeniar con séres que lo satirizaban cruelmente y cuyas conversaciones banales despreciaba, aun reconociendo su inferioridad como soldado, respecto de ellos.

Asì es que, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascos de cerveza al destaparse, êl contemplaba en silencio su plato ya vacío. Le pasaron un vaso lleno del liquido color de oro y tuvo que brindar poniendose en pié diciendo timidamente con el vaso en la mano:

—¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del gobierno; la derrota de los revoltosos y por el orden que es la paz y el progreso!

Todos chocaron los vasos salpicando el blanco mantel.

En aquel momento, entró á la fonda una jovencita alta, delgada y ligera, de enaguas de lana guinda y *tápalo* á cuadros rojos y negros, cayendole de sus hombros á guisa de *plaid*, cabellos negros formando una gruesa trenza.

No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró á la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del Oficial, poniendo en su lugar otro con los frijoles, diciendole al oido:

—Esa muchacha es de Tomochic y dicen que es hija de San José.

Cuando Mercado iba á preguntar mas, un Oficial del Estado Mayor que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca—Están tocando *llamada de honor*, en el cuar-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

tel general,—exclamó—vamonos!

Hubo un gran movimiento de sillas y todos se levantaron limpiandose la boca con el mantel después de echar el ùltimo trago de cerveza, pagando cada uno, tres reales á Cuca.

Miguel que fuê el ùltimo. se acercó á la puerta de la cocina, mientras esperaba lo vuelto de un billete de cincuenta centavos.(1) Pudo oir una voz de un timbre dulce y de inflexiones cariñosas y llegaron á sus oidos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos sucios:

—Si, Don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomochic, ¡Marìa Santisima nos valga!

(1) En el Estado de Chihuahua hay billetes de Banco hasta por la cantidad de 25 centavos.

III.

El 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado, silencioso terminaba, despues de comer, una carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo.

Aquella á quien tanto adoraba y por la que abandonaba sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya en casa de una amiga suya. Su segundo marido, perpetuamente borracho estaba entonces entregado al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.

El subteniente estaba triste y como siempre pâlido.

Dobló la carta, puso la direccion y después de pegarle un timbre, permaneció, cruzados los brazos sobre la mesa, absorto en vaga meditación cuando llegó un cabo de parte del Ayudante del Batallón, comunicandole que le ordenaba se presentara al momento en el cuartel, que estaba casi enfrente de la fonda.

Cuando llegó, supo, estupefacto, que medio Batallón partiría por el Tren Central, esa noche, para Chihuahua. No indagó mas, y algunas horas después en un wagon atestado de soldados y maletas, caminaba á todo vapor devorando kilómetros, escuchando atónito el trueno del rodaje sobre los rieles, cuando abrían la portezuela.

Nunca había viajado y estaba contento de ser lanzado tan de improviso á nuevas sensaciones.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.